



LA NOVELA NOVELESCA ¹

UN novato, distante aún de la categoría de *jeune maître* á que han ascendido Pablo Bourget, Guido de Maupassant y Carlos Huysmanns, — el Sr. Marcelo Prevost, — se ha despertado cierta mañana dueño de un hallazgo, de una idea caduca, senil, pero que con coquetería de mujer se prestó á recibir blanquete, colorete, rizos postizos, y, en suma, todo el ornato que puede simular la juventud y engañar al candoroso, ó, para decirlo en su jerga, *gobeur* público parisiense. ¡La

¹ Este artículo fué adelantado á *El Heraldo de Madrid*, que, cuando yo lo había escrito ya, tuvo la atención de pedirme dictamen sobre *La novela novelesca*.

novela novelesca! Hay perogrulladas que en determinadas ocasiones son rasgos de genio. En una semana, Marcelo Prevost ha irradiado hasta la Puerta del Sol, y me figuro que también hasta el Kremlin.

Inmediatamente un órgano importantísimo de la prensa francesa destacó sus redactores hacia las moradas de los novelistas más ilustres, más famosos, más comprados ó más originales, — que en París coexisten todas estas especies, — y cada novelista hubo de emitir dictamen sobre la idea de Prevost y decidir si la novela ha de ser, hoy ó mañana, *novelesca*, ó *antinovelesca*, ó *mestiza*.

Zola, con su generosa veracidad de costumbre, responde *que sí*; que la novela retrocede buscando los antiguos y ya olvidados caminos, que hay una reacción contra los procedimientos filosófico-científicos de la novela actual, que el público está harto, y que mucha gente va por ahí sedienta de ideal, herida por la realidad, pidiendo mentiras y ficciones consoladoras. Edmundo de Goncourt,

:

en cambio, se aferra á los dogmas hoy clásicos y revolucionarios ayer, y dice con desdén que la novela novelesca no puede revivir; que es una antigualla fósil. La única concesión que hace es opinar que el naturalismo se ha encanallado con la pintura de los medios populares, y que es preciso fabricar naturalismo distinguido, fisiología de gentes finas, y mezclar esta fisiología con mucha psicología. «Hay que diseccionar el cerebro de un hombre como el cirujano disecciona su cuerpo. Ahí está el porvenir de la novela.» Lo que no nos dice mi ilustre amigo, es dónde se compra el bisturí; porque en mi entender, la disección de un cerebro es muy distinta de la de un cuerpo. Sostiene además Goncourt que no es dable escribir un tomo de novela *verdadera* sino cada tres años. ¿Qué diría de los tres nutridos tomos de *Angel Guerra*, escritos y arrojados al mercado en seis meses?

Alfonso Daudet, mostrando como siempre el flaco de la vanidad y del mal disimulado escozor que le anima contra la

jefatura de Zola, aprovecha la ocasión de enterarnos de que, *si hubiese querido*, sería á su vez jefe de escuela, de una escuela opuesta al *zolaismo*; como que le propusieron el cargo, ni más ni menos que si despuntase en él un Romero Robledo de la literatura francesa. Á un mismo tiempo nos entera de que rehusó el cargo, y de que el tal cargo era ilusorio, pues Daudet niega rotundamente la existencia de las *escuelas* en literatura. ¿La negaría si universalmente se le considerase fundador del naturalismo? No juzguemos de lo reservado y oculto. Lo cierto es que, á pesar de haber escuelas, Daudet dice verdades como puños al afirmar que lo esencial es hacer obras hermosas, lleven el rótulo que lleven.

Jorge Ohnet, que pertenece á la categoría de los novelistas comprados—y no se tome á mala parte,—ha dicho, contra su costumbre, al menos cuando hace novelas, cosas muy sensatas. Que el Sr. Prevost se nos viene descubriendo el Mediterráneo; que la novela novelesca

se está haciendo desde un siglo acá; que el pesimismo y las tristezas y berrinches son los principales defectos de la novela actual, que Ohnet califica de *cruel*; que el gongorismo de los decadentes es muy fastidioso, y que el romanticismo (como las golondrinas de Becquer) *no volverá*. Desconozco á Ohnet en este tipo tan racional de pensamiento, y casi casi le perdono las empalagosas *Herrerías*.

Coppée afirma que no sabe cómo será la novela futura, pero que *él* tiene una en el telar, y que acaso sea esa. Richepin dice..., que no dice nada. Julio Ricard cree que no se puede calcular de antemano á qué se parecerá una novela que se halla todavía entre los futuros contingentes. Roberto de Bonnières cree que el público se ha cansado de naturalismo por la misma perfección de las obras naturalistas, y que, después de esta novela actual tan perfecta, cabal y poderosa, ya no hay más novela posible. Según el parecer de Anatolio France, si surgen ahora dos ó tres novelistas idealistas de tanto talento como los

naturalistas Flaubert, Goncourt y Zola, se volverá la tortilla y tendremos idealismo á pasto. Tinseau entiende que deben coexistir la *novela*, recreo de la imaginación, y el *estudio*, pasto del entendimiento y de la razón; de suerte que ni la novela idealista ni el estudio realista sobran en las letras. Para Ernesto Daudet es cuestión de cansancio del lector, que, aburrido de tantas fealdades como le presentaron, ahora pide bellezas, delicadezas y suavidades. Javier Marmier decreta que no muera el pecador naturalismo, sino que se arrepienta y viva; que se le permita describir, por ejemplo, una morada con todos sus accesorios, excepto... aquello que Diógenes, en *Pequeñeces*, no quiere que se destape. Fernando Fabre, el gran pintor de la vida del clero, no atribuye importancia á estas discusiones: cada novelista ha de escribir como le pida el cuerpo, y dejémonos de códigos. Pablo Bonnetain, el autor de algunas novelas que yo no vacilaría en llamar inmundas, exclama atónito: ¿Cómo? ¿Qué es eso de

resucitar la novela novelesca? ¿Acaso ha muerto? No sólo vive y colea, sino que es la que más le gusta al público. Revistas, folletines, librerías, todo está inundado de *sub-Ohnets*, de novelistas novelescos. Lo novelesco triunfará siempre en Francia, que es de los países menos artistas del mundo, aunque produce muchos y buenos artistas. Finalmente, Ludovico Halevy proclama que el verdadero artista es ante todo ecléctico, y que á cada escuela le llega su San Martín.

Con la opinión de Ludovico Halevy cerraré yo el debate, porque tengo para mí que es el que anda más cerca de la verdad. Hace años, cuando expuse y defendí el naturalismo, lo hice con muchas reservas, considerando ese gran movimiento de las letras contemporáneas una especie de oportunismo, la hora presente, no la del porvenir. Parecíame pueril y quimérico negar lo que saltaba á la vista, y creía, como sigo creyendo ahora, que es preferible *comprender á escandalizarse*, porque en estética, el escándalo no prueba

nada. Además, la cuestión de naturalismo ó de *documentarismo*, como quiere Goncourt que se diga, tiene muy diferente aspecto vista desde España que vista desde el bulevar. Aquí no se han escrito novelas *documentarias*, sino novelas realistas, enlazando la tradición rancia y venerable de nuestra novela en los siglos xvi y xvii, con lo poco de espíritu moderno que llegó hasta nosotros. Nuestra novela actual ni peca de obscena y cruda, ni menos de *cruel*. Apenas conoce el pesimismo. La orea una brisa de alegría y la realza cierto equilibrio mental muy sano y dulce. No se justificaría aquí ese cansancio del público harto de fealdades, hipocondrías y horrores, de que hablan Ohnet y Bonnières.

En cambio — seamos francos, y no reelemos estamparlo con todas sus letras, — aquí se han acatado nimiamente dos dogmas del catecismo naturalista: la prolijidad y lentitud en descripciones y narraciones, y la ausencia ó inopia de argumento y acción. También se han po-

dido advertir deficiencias en la cultura general de los novelistas, deficiencias que, ¿cómo diría yo?, merman, achican el género. Verdad que esto es, en parte, culpa de los lectores, que no resistirían quizá el fondo de cultura y hasta de estudios científico-psicológicos que suponen novelas como, v. gr., las de Pablo Bourget. Aquí se lee poco (relativamente) á los novelistas: no vemos nunca en las cubiertas de nuestras novelas mejores aquellas cifras de cincuenta, sesenta, ochenta mil ejemplares con que nos deslumbran los franceses y los norte-americanos. Si nuestros novelistas diesen en la flor de meterse en sabidurías y filigranas, probablemente no los leería nadie.

Volviendo á la novela novelesca, me parece de perlas que se escriba; pero, ¿quién la va á escribir? Á no resucitar á Fernández y González y restaurar á Pérez Escrich, confieso que no lo sé; únicamente creo posible que se entronice el método practicado por el P. Coloma, y que consiste en remozar el antiguo ele-

mento novelesco vistiéndolo con traje realista.

Las escuelas son un hecho, y el negar su existencia ó alardear de independencia absoluta me parece como si negásemos las condiciones externas que se imponen á nuestro organismo. Sin embargo, sobre el *hecho* de las direcciones generales á que todos obedecen, está el *derecho* sagrado de la libertad artística. Si hay quien sepa hacer buenas *novelas novelescas*, salga al redondel, que ya tenemos dispuestas las palmas. Ahora es ocasión de preguntar:

qui de nous, qui de nous va devenir un Dieu?

.....

Por lo demás, este nuevo avatar ó encarnación de las letras francesas estaba previsto. Volver á la moral, al misticismo quietista, á las merengadas de psicología y á las natillas del sentimiento, era natural después de tanta pimienta y tanta mostaza y tanto peleón. El diablo, hartado de carne, — decimos por acá, — se hizo

fraile. No me fio, sin embargo. A la moralidad y la religiosidad que no descansan en fe sólida, sencilla, una y eterna, se las lleva pateta muy pronto. Estos arrepentimientos y ascetismos de *fin de siglo* son puramente el fenómeno tan conocido de los calaveras: la náusea de la materia, al día siguiente de alguna desenfrenada orgía. En tales momentos, cualquier perdido que tenga algo de imaginación piensa muy formal en abstenciones, penitencias y claustros. Que corran días, y al primer choque de vasos, á la primer chispa de unos ojos, allá van las resoluciones santas.

¡Ah! El que quiera ser edificado, deje las futuras novelas idealistas y aténgase á la *Imitación de Jesucristo*.



JUICIOS CORTOS

AL PRIMER VUELO ¹.

Es para mí una contrariedad en toda regla que el Sr. Pereda, invirtiendo el orden de su producción, en vez de *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, no haya publicado en el espacio de estos dos meses, v. gr., *El sabor de la Tierra* y *Sotileza*. Porque si *Nubes de estío* y *Al primer vuelo* estuviesen desde hace años en poder de los asiduos lectores de Pereda, yo no tendría obligación de decir nada acerca de estas dos novelas, que, en mi concepto, no son de

¹ J. M. de Pereda. *Al primer vuelo* (Idilio vulgar). Ilustración de Apeles Mestres. Dos tomos. Barcelona, 1891.